

Un real al mes.

En Madrid para los suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo de las Familias*, y 4 rs. por tres meses, en las provincias franco el porte.

LA CRONICA.

Dos reales al mes.

En Madrid y 4 rs. por trimestres para los que no sean suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo*.—Se publica todos los domingos del año.

SEMENARIO POPULAR ECONOMICO.

AVISOS.

En la última semana ha quedado repartida la **Historia del Descubrimiento y de la conquista de América**, á todos los suscritores de Madrid y provincia. Hasta el 15 del corriente queda abierta la suscripción al precio de 50 rs. en Madrid y 54 en provincia para los abonados al **Museo de las Familias**, ó á la **Biblioteca popular**; desde esta fecha en adelante, ni un solo ejemplar se espenderá de la citada obra á menos de 40 rs. en Madrid, y 44 en provincia para nuestros suscritores; 50 y 54 para los que no lo fueren; repetimos por última vez este anuncio á fin de evitar reclamaciones despues, que de fijo serán desatendidas, pues no haremos excepcion en favor de nadie.

Tambien se ha repartido ya el número del **Museo** perteneciente al mes de marzo último, y los **Almanques** á todos los que teniendo derecho á él, por equivocacion ó por otra cualquiera causa habian dejado de recibirlos.

Está concluyendo la encuadernacion del tomo segundo de las **Obras festivas de Quevedo**, y del primero de la **Historia de la Revolucion francesa**, por Mr. Thiers; ambos tomos quedarán repartidos sin falta alguna en la próxima semana á todos los suscritores de la **Biblioteca** que los tienen pedidos, y suplicamos á los que no lo hayan verificado y los quieran recibir, que se sirvan dar el oportuno aviso, para no demorar las remesas. Igual suplica les hacemos respecto á los **Misterios de París** que ya están en prensa, y cuya obra, nos atrevemos á asegurar, que la obtendrán por 24 rs. ó acaso menos, los suscritores de Madrid, y en proporcion las de provincia.

REGALO.

Conforme á lo ofrecido en el segundo prospecto de la **Biblioteca Popular**, y deseando dar otra prueba mas de nuestra gratitud á los que nos favorecen, hemos dispuesto hacerles un **nuevo regalo** para fin de junio próximo, el cual consistirá en las **Adeiciones al Quijote**, ó vida de Sancho Panza, preciosísimo libro lleno de chistes, que formará un elegante tomo impreso con todo lujo y adornado con grabados y viñetas origina-

les intercaladas en el texto. La reparticion se hará del 24 al 30 de junio sin falta alguna, encuadernado á la rústica, con una bonita cubierta, á todos los que tengan derecho á él, por haber llenado las condiciones siguientes:

1.º Para obtener el segundo regalo ofrecido, es necesario haber sido suscriptor constante, y sin interrupcion á las dos secciones de la **Biblioteca** desde el establecimiento de estas hasta 30 de junio próximo. Mas claro; solo obtendrán el regalo los suscritores que hayan recibido, el **Manual de Historia Romana**, el **Señor de Bembibre**, el **Manual de Mitología**, la **Maga de la Montaña**, las obras festivas de **Quevedo**, y los tomos que vayan publicados de la **Historia de la Revolucion francesa por Thiers**, y de los **Misterios de París** hasta dicha época.

2.º Tambien podrán optar al regalo los que se suscriban de nuevo á todas las referidas obras, ó las que habiendo sido ó sean suscritores y les falte alguna, la tomen para antes de que se verifique el reparto del regalo prometido.

3.º Ningun suscriptor que no haya llenado estas condiciones recibirá el regalo, sin que en este punto hagamos excepcion en favor de nadie, por que estas demostraciones tan costosas en sí, son y serán siempre, como repetidas veces hemos dicho, un obsequio hecho á nuestros suscritores constantes.

4.º A los suscritores de provincia se les remitirá el regalo, franco el porte, por conducto de los correspondientes donde la empresa los tengan establecidos, ó por el correo directamente en los pueblos donde no los haya. En Madrid se hará la distribucion por conducto de los reparadores. La empresa conserva las listas de todos sus favorecedores, y procurará obrar en la distribucion con la imparcialidad y buena fé que tiene acreditado.

PADILLA Y LOS COMUNEROS.

Quizá la lucha mas heroica en defensa de la libertad, recordada en la historia de España, sea la que comprendieron el famoso don Juan de Padilla y los comuneros castellanos. Padilla, cuyo nombre es sagrado entre los mártires de la libertad, unia á sus bellas cualidades intelectuales, la de un temperamento entusiasta y un valor extraordinario. Su odio á la opresion, se mostraba aun en las cosas mas triviales. Y en efecto, la natura-

leza le había dotado de un alma digna de las antiguas notabilidades griegas y romanas. No obstante, su espíritu patriótico estaba puro de la mezcla indigna que comunemente se halla en el carácter de los republicanos de profesión; así como su valor tampoco se dejaba arrastrar por esa sed de sangre y estermio que en general acentaba á los antiguos guerreros. Su temeraria intrépidex en los campos de batalla, se equilibraba perfectamente con la cortésia y elegancia de sus modales. Jamás se le vió dejarse llevar por los excesos á que suele conducir el entusiasmo.

Tal era, pues, el hombre á quien los comuneros de Castilla eligieron por general, cuando resolvieron oponerse abiertamente á las medidas arbitrarias, que despreciando las antiguas instituciones del país, adoptaba sin miramiento alguno el emperador Carlos V. La circunstancia de ser el primero que en Castilla alzó el grito de independencia y libertad, hacia doblemente sagrados los títulos de Padilla en esta ocasion. Estableció sus cuarteles generales en Valladolid, adonde volaban de todas partes los comuneros á alistarse bajo el sagrado pabellon de la libertad. Sin embargo, un terrible obstáculo se oponia á sus operaciones. La falta de dinero oprimia á la nación española en aquella época; porque las ruinosas guerras emprendidas por el emperador, habían en cierto modo arrasado al país. Á mas de esto, la junta tenía agobiar al pueblo con grandes contribuciones; de modo que esta y otras varias causas pusieron á Padilla en la alternativa ó bien de permanecer en la inacción, con lo que podía peligrar su santa causa, ó de buscar recursos extraordinarios que allanasen tantos obstáculos como se amontonaban en su glorioso camino.

Proporcionó estos medios una muger, cuyo nombre era doña Maria de Pacheco, digna esposa de Padilla. Esta muger extraordinaria, primera heroína de una nación, fértil en todas épocas y ocasiones en semejantes fenómenos, no tuvo dificultad en ejecutar un atrevido plan que venciese las dificultades con que luchaba su esposo. Reunió á todas las mugeres de Toledo, habiéndolas indicado anteriormente, que se presentasen vestidas de luto. Sus órdenes fueron obedecidas con puntualidad, y apenas azomaron los rayos primeros del sol, se vió el Zorodover coronado de multitud de mugeres enlutadas.

No tardó en llegar doña Maria de Pacheco, cercada de las esposas de los principales comuneros, todas con los pies desnudos, vestidas de negro y con los mas marcados síntomas del dolor y el sentimiento.

—Queridas conciudadanas! exclamó con voz firme, los defensores de las libertades de Castilla, se ven hoy reducidos á la necesidad de abandonar su causa, por falta del dinero que el despotismo emperador ha invertido en guerras estrangeras y en levantar del polvo á favoritos estrangeros tambien. Las exigencias del estado requieren que

se adopte un plan atrevido. Nuestras arcas se han agotado ya, para dar impulso á la causa gloriosa. En vano hallaremos riquezas, á no buscarlas en la catedral ó en otros lugares de adoracion. No os asombre la proposicion que os voy á hacer; es atrevida y á primera vista podrá parecer sacrilega á la mayor parte de las almas religiosas; pero nuestra cruel situacion nos ha colocado desgraciadamente en esta dura alternativa. Estad seguras de que el cielo perdonará un acto á que nos conducen las razones mas sagradas. Mugeres de Toledo, seguidme valerosamente y hagamos acuar todos los ornamentos de oro y plata que decoran nuestras iglesias, para suorrer las necesidades del estado.

Ni una sola señal de desaprobacion se notó entre la multitud femenina. Era tan grande el ascendiente que sobre todas las toledanas, ejercía la noble Pacheco que ni aun á la mas tímida y tímida asaltó la idea de que pudiesen ofenderse en lo mas minimo los santos del cielo, porque se deshicieran sus elgias en la tierra ó porque el oro, que yacía ocioso en los altares y nichos, se emplease en nutrir el espíritu de libertad. Sin embargo no se dió un paso que no fuese acompañado con alguna muestra de veneracion; al dirigirse la triste procesion hacia la catedral, golpeaban humildemente sus pechos todas las que la componian, pidiendo mil perdones á Dios por el recurso de que se habían visto obligadas á valerse. Los escrúpulos de la conciencia fueron acallándose por grados y comenzó la grande obra del despojo. No ha habido nunca legion de conquistador, ni tropa alguna avezada al pillage y al saqueo que con mas limpieza y prontitud, diesen término á su obra. El botin fue inmenso, sin que hubiese dado un solo ejemplo de intención rastroera: todo ello se dedicó al sagrado intento con que se había emprendido el despojo.

Padilla y los comuneros habilitados ya por este medio para empezar la campaña, no perdieron tiempo en continuar sus operaciones. Todo el país estaba en fermentacion. La ciudad de Zamora se había pronunciado abiertamente, y puesta al venerable obispo Acuña á la cabeza del levantamiento; casi todas las principales ciudades del reino siguieron su ejemplo; y los descontentos de Madrid, comenzaron á deponer á los funcionarios públicos en nombre del emperador. Padilla procuró y logró una entrevista con doña Juana la reina viuda, en la cual le hizo presente la conducta arbitraria de su hijo, invitándole en nombre del pueblo, á que aceptase la corona. Por tanto Juana fue reconocida solemnemente por reina de España, y todas las determinaciones de los comuneros se tomaron desde aquel momento en su nombre. El entusiasmo de los castellanos excedia todos los límites, y la guerra se llevó adelante con alternativas en las victorias, pero con una resolucioin invariable.

Padilla se había apoderado de Torre-Lobaton,

cuando llegó la noticia de que el ejército realista se adelantaba á marchas forzadas bajo el mando de los condes de Haro y Oñate. La superioridad de las fuerzas enemigas hizo palpable á los generales comuñeros la necesidad de retirarse á algun punto que ofreciese una segura defensa, la cual no podia conseguirse en Torre-Lobaton. La ciudad de Toro ofrecia cuantas ventajas podian desearse, y aqui fué donde Padilla resolvió conducir su ejército. La retirada se principió con el mayor orden, si bien con mucha precipitacion, pues temiendo los comuñeros una sorpresa antes de que pudiesen llegar á Toro, se apresuraban á pesar de las fatigas que sufrían.

Entre tanto, noticiosos los gefes realistas de los movimientos del enemigo, mandaron que inmediatamente se destacase un numeroso cuerpo que interceptase la retirada atacando de frente, mientras el grueso del ejército caía sobre la retaguardia. La mañana habia sido excesivamente calorosa, y las tropas de Padilla acozadas por el cansancio y compuestas en su mayor parte de ciudadanos y labradores no acostumbrados á la disciplina del servicio militar, empezaron á manifestar, aunque queriendo ocultarlo, las privaciones y fatigas que sufrían. Padilla mandó hacer alto en el camino que conduce á Villalar y concedió una hora de descanso, con objeto de proporcionar fuerzas y aliento á los tendidos soldados para continuar la marcha. Entonces llamó á Bravo, Maldonado, Pimentel y otros principales comuñeros, y separándose de la soldadesca, les dijo con acento resuelto pero triste:

—Valientes compañeros, temo que no podamos efectuar una retirada ordenada hasta Toro. Acaba de llegar un espía diciendo que el enemigo no tardará en aparecer. Ya veis, que si esto fuese cierto, sería muy imprudente llevar adelante nuestra primera intencion; prontó nuestras tropas representarian una multitud dispersa, mas bien que un ejército en retirada. Además, en el estado en que se hallan, creo que continuar la marcha sería aumentar sus fatigas sin conseguir nuestro objeto. Esto me hace creer, que nos será imposible llegar á Toro antes de haber tenido una accion.

—Eso mismo hubiera yo dicho desde un principio, respondió Bravo, impetuosa capitán. Y estád seguro, don Juan; nuestra retirada de Torre-Lobaton va á ser muy fatal á nuestra causa.

—No digais eso, interrumpió Maldonado; ese carácter colérico y exaltado os conduce siempre á los extremos mas violentos. Nosotros no hubiéramos podido sostener un sitio en Torre-Lobaton; y el haber aventurado una accion con fuerzas tan desiguales hubiera sido una locura.

—Y ahora que será? continuó Bravo con una amarga sonrisa. Es mas, estamos obligados á emprender la lucha con esas fuerzas tan superiores, con la desventaja de presentarles un ejército

agobiado por tantos trabajos y muerto de sed y cansancio.

—Esta es una cuestion de necesidad, no de eleccion, dijo Pimentel, y no es del caso, señor Bravo, establecer argumentos sobre los resultados. Cuando dejamos á Torre-Lobaton, no sabiamos que el enemigo estuviere tan cerca, ni podiamos preveer que se anticipasen los calores, por lo tanto no fué una mera presuncion el creer que pudiesemos alcanzar á Toro con seguridad. Esto supuesto ya que se han frustrado nuestras esperanzas, en vez de lamentar lo pasado, debemos pensar lo que se debe hacer en la situacion presente.

—Muy bien, Pimentel, exclamó Padilla; mi conciencia no me reconviene por ninguna accion que haya comprometido los intereses de nuestra causa. Si he errado, la falta debe atribuirse á mi excesivo celo. Ahora bien, la situacion es critica y reclama nuestros mayores esfuerzos.

En este momento se sintió un sordo rumor, y se vió venir corriendo á un soldado de la vanguardia.

El enemigo!!!... el enemigo!!!... fué la señal de alarma; todo el ejército se puso en movimiento. Padilla avanzó al frente con sus principales oficiales, y con clara y robusta voz se dirigió á sus tropas.

—Comuñeros de Castilla! el momento de la retirada pasó! el enemigo está á la vista, y jamás se dirá que hemos huido ante el estandarte de la tiranía. Ya es inevitable confiar nuestra causa al éxito de una batalla. No necesito animar vuestro valor, ni recordaros vuestro deber, Castellanos! vais á pelear por vuestros sagrados derechos.... derechos conquistados con las hazanas de mil héroes que han hecho celebre nuestra patria. Un príncipe extranjero gobierna al pais, no con la moderacion de nuestros antiguos reyes, sino con un yugo de hierro, por el que no se han visto dominados los españoles hasta ahora, y que jamás sufrirán si un destello del antiguo espíritu castellano alienta aun sus corazones. Se han arrollado nuestras libertades... nuestras cortes han sido tratadas con insultos y desprecio... Nuestros tesoros, repartidos entre favoritos estrangeros y ruines aventureros. Carlos considera la España como una mina de donde tanto él como sus favoritos pueden sacar abundante cosecha. Ya es tiempo de desengañarlos y darles á conocer que este pais es celebre por producciones mas grandes... por el espíritu libre y los esforzados corazones de sus hijos.

Comuñeros! mostráos dignos de los gloriosos castellanos de quienes descendéis! Pelead como héroes!!!... morid como libres!!!...

Esta arenga fué acogida con universales muestras de aprovacion por todo el ejército, que á pesar de su cansancio y fatiga, se disponia al combate con heroica intrepidez. Algunas gotas de lluvia, empezaron á caer en este momento, cuya cir-

constancia alegró sobremedura al ejército comunero, que mas que todo se hallaba atormentado por la sed. Al fin el enemigo se adelantó á la carga. Padilla colocó sus tropas en batalla y con impávida resolución y presencia de ánimo esperó el ataque de los realistas, que solo llenaban los aires con aclamaciones contestadas por los comuneros con los gritos de ¡Libertad! y ¡Castilla!

No tardó en llegar el enemigo, travándose en seguida una terrible lucha; no obstante, el valor de los campeones de la libertad, rechazó vigorosamente á los mercenarios de Carlos. El conde de Haro, mandó entonces, que todo el ejército atacase en masa, hecho lo cual, la batalla se hizo general y se sostuvo con igual denuedo por ambas partes.

—Muéran los rebeldes!! gritaban los generales realistas.

—¡Viva la libertad!! esclamaban á sus soldados los comuneros.

La victoria permaneció por algun tiempo dudosa, á pesar de la ventaja que las fuerzas del emperador, tenían sobre el enemigo, en número y disciplina. Pero, desgraciadamente para los comuneros, se levantó un horroroso haracán que impelia contra sus caras los torrentes de lluvia. De modo que la tormenta, que habian antes considerado como un beneficio, les ofrecia un obstáculo mas para la contienda. Pronto se vieron en estado de no poder disparar un tiro, en tanto que el enemigo, favorecido por la misma causa, operaba con la mayor seguridad. Esta inesperada circunstancia, fué la mas fatal para los comuneros. Apesar de sus terribles esfuerzos los realistas iban ganando terreno poco á poco, y ya empezaban á notarse algunos síntomas de desorden en las filas de Padilla.

Este, arrojó de nuevo, con el mayor entusiasmo á sus compañeros, á que apurasen su valor en aquella crisis. El mismo combatia en los sitios de mas empeño, haciendo prodigios de valor; pero no impunemente arrojó tantos peligros, cayendo al fin herido en una pierna. La acción siguió algun tiempo pero los comuneros fueron al cabo derrotados, sucediendo la mas desastrosa confusión. Bravo fué hecho prisionero, peleando desapoderadamente al lado de la bandera y otros muchos gefes participaron su suerte. Padilla en medio de la confusión general, logró penetrar entre unas malezas, donde permaneció oculto en la mas triste situación, sufriendo el dolor de sus heridas, el cansancio, y lo que para él era mas amargo, el golpe mortal que habia sufrido su gloriosa causa.

La noticia de su muerte corrió entre vencedores y vencidos, aunque algunos aseguraban que habia logrado la fuga. Sin embargo, el conde de Haro no se satisfizo con vancos rumores ni con noticias dudosas. Sabia muy bien la importancia de un hombre como Padilla para no resolver que inmediatamente se averiguase su suerte por cuantos medios fuesen posibles. Dio por consiguiente

estrictas órdenes para que se hiziese un reconocimiento minucioso por todo el campo, encargando esta comision á los oficiales de su confianza: muerto ó vivo, era de la mayor importancia que el general de los comuneros cayese en poder de sus enemigos, los cuales contaban en que su muerte ó su captura seria la conclusion de la guerra. El reconocimiento se comenzó al instante á pesar de la lluvia que caia á torrentes y del viento que soplaban con igual furia.

El campo de batalla presentaba el aspecto mas doloroso. La lluvia lavaba los cuerpos muertos, y por do quiera se formaban arroyuelos ensangrentados que arrastraban en su corriente los despojos de la lucha. En algunos pantanos, los cuerpos de los muertos y heridos estaban sumergidos entre el lodo y el agua, mientras que en las lagunas formadas en algunas concavidades flotaban en horrorosa confusión. La copiosa lluvia hacia casi imposible un detenido exámen; pero animados los soldados con la esperanza del premio, no perdonaban fatiga, ya andando en sitios donde el agua les pasaba del pecho, ó hundiéndose en otros obstruidos por el lodo y los cadáveres. Al cabo la fortuna coronó sus esfuerzos; un soldado gritó haber visto un hombre parecido al gefe comunero, cuya agradable noticia llevó á su alrededor una multitud de oficiales y tropa.

En efecto al lado de unas malezas espesas y casi cubiertas de agua, se veia un comunero medio sumergido y que trataba de ocultarse lo posible; sacaronle de su refugio, y el gozo de los realistas llegó á su colmo, cuando reconocieron en él al verdadero general de los comuneros, al valiente quanto desgraciado Padilla que habian sorprendido en su miserable asilo. El estado en que se le halló pudiera haber despertado sentimientos de piedad aun entre sus mismos enemigos. Las heridas brotaban abundante sangre; y esta circunstancia unida á la frialdad del agua en que habia estado sumergido por tanto tiempo, producía una horrorosa convulsion en todos sus miembros. Sin embargo, su fisonomía, aunque escualida y desconcertada, conservaba aquella noble expresión que siempre le habia distinguido. El fuego de sus ojos estaba nublado, pero no muerto, y en la mirada con que contemplaba á sus enemigos, se notaban á un tiempo el sentimiento noble y la heroica resignación.

En tan miserable estado, fué conducido Padilla á la presencia del general realista. Las triunfantes aclamaciones de sus enemigos, los epítetos de rebelde, traidor y otros semejantes, le acompañaron en su penoso camino, á todo lo cual daba el héroe por respuesta la tranquila sonrisa de una conciencia recta. Al cabo llegó á la presencia del conde de Haro, donde ocurrió una escena dolorosa; sus compañeros Bravo y Maldonado, se hallaban tambien prisioneros, y la entrevista de los desdichados patriotas, si bien no pudo ser mas triste, tuvo sin embargo aquella mezcla de

satisfacción que en general experimentan las almas acosadas por unas mismas desgracias y animadas por iguales sentimientos. Curáronle á Padilla sus heridas, y en unión de sus compañeros de infortunio, fué conducido á Villalar.

Las tropas victoriosas entraron poco después en el pueblo llenando los aires con sus aclamaciones y llevando á los prisioneros entre sus filas. No obstante los habitantes no respondían á sus gritos de alegría, raras veces las desgracias heroicas engendran otros sentimientos, en las almas desinteresadas, que los de la compasión y el respeto; y estos inspiraban en alto grado la suerte de los comuneros. Al día siguiente se comunicó á Padilla y sus amigos, Bravo y Maldonado, la sentencia de muerte que había recaído sobre ellos; cuya noticia recibieron con la mayor serenidad.

—Bien, dijo Padilla, con voz firme. Nada nos queda ya que hacer por nuestra patria, sino morir, con la misma resolución noble con que hemos defendido sus derechos.

A poco entró el conde de Haro en la capilla donde se hallaba el héroe comunero, pronto para salir al suplicio.

—Don Juan, le dijo, vuestro valor y vuestras prendas han despertado mis simpatías, á pesar de que vuestro crimen merece el severo castigo que os he impuesto. Confesad vuestra falta; y aunque ya es imposible hacer variar la suerte que os ha cabido, tal vez esa conducta pudiera ser ventajosa á vuestra familia.

—Señor conde, contestó Padilla, ¿cómo puede yo eclipsar la gloria de una vida heroica, con un fin indigno? Mas terrible me fuera la confesión que me proponéis que todos los dolores con que van á atormentar mi cuerpo. Yo he tomado las armas en defensa de los derechos de Castilla, que he visto arrollados por un príncipe extranjero, ignorante de nuestras antiguas instituciones ó despojado por convencimiento y voluntad. Sea de esto lo que quiera, mi conducta al oponerme á la tiranía no solamente es justificable sino digna de alabanza. ¡Pluguiese al cielo, que los grandes de Castilla no hubiesen olvidado en esta ocasión el espíritu independiente de sus antepasados. Vos mismo, señor conde, lleváis un título que se ha hecho sagrado en nuestra historia por mil gloriosas hazañas, y no comprendo verdaderamente cómo os habéis decidido á adoptar vuestra actual conducta. Pero tenedlo entendido! llegaré un día en que vuestras descendientes, así como el resto de los de vuestra clase, llorarán con lágrimas de sangre la hora en que los nobles de Castilla, hicieron causa común con un monarca arbitrario, para hollar las libertades de país, ó miraron con apática indiferencia los esfuerzos de sus más patrióticos conculadanos! Por lo que hace á mi familia no tengo gracia alguna que pedir, excepto que se entregue esta carta á mi esposa; felizmente, ella y mi adorado hijo participan de los mismos sentimientos nobles que me animan. Les lego un nom-

bre de gloria y orgullo, no de deshonra y vergüenza.

Deciendo esto, cogió el brazo de sus valientes compañeros, y fueron conducidos al lugar de la ejecución. Su serenidad y la nobleza de su aspecto afectó á los espectadores de tan triste escena. Cuando llegaron al cadalso se adelantó un heraldo, y exclamó en alta voz, que don Juan de Padilla, don Juan Bravo, y don Francisco Maldonado, iban á sufrir la pena de muerte por traidores y rebeldes á su legítimo señor el emperador Carlos V.

Al escuchar esta sentencia, no pudo contenerse el carácter indómito de Bravo y gritó en el colmo de su indignación.

—Eso es falso! nosotros no somos traidores ni rebeldes, sino verdaderos caballeros y leales castellanos; los infames y traidores son los que han vendido vergonzosamente á su país conduciendo á este fin á los defensores de las libertades patrias.

—Calmaos, calmaos, amigo mío: dijo Padilla dirigiéndose á Bravo en tono de dulce reconvencción, dejadles decir lo que quieran; las palabras infames no hacen mella en nuestro honor. Ayer estábamos obligados á mostrar el valor de caballeros castellanos; hoy debemos morir con la moderación de buenos cristianos.

Tal fué el fin del valiente Padilla. Su muerte se consideró como la señal de la suspensión de hostilidades. En efecto, la victoria obtenida en Villalar, y la catástrofe que le siguió, indujeron á Valladolid, Segovia y otras ciudades á depone las armas; excepto á Toledo que aun continuó con invariable resolución. Esta heroica constancia se debió á la viuda de Padilla que con una magnanimidad y bravura ajenas de su sexo, resolvió llevar adelante la guerra. La suerte de su marido, á quien amaba tiernamente, en vez de despertar en ella los tiernos sentimientos propios de su delicada complexión, sirvió por el contrario para llevar al más alto grado su entusiasmo frenético. Por lo tanto, procuró por cuantos medios estuvieron á su alcance, avivar la energía de sus fieles toledanos.

Con este objeto, después de haber hecho copiar y circular por toda la ciudad, la carta que le dirigió su marido antes de morir, con otra que le incluyó para los habitantes de Toledo, recurrió á otro expediente no menos poderoso. Hizo que su hijo huérfano, vestido de rigoroso luto y montado en el caballo de su padre, recorriera las calles de la ciudad. Delante de él, conducían un estandarte representando una escena de la heroica muerte de su padre, y le seguía una numerosa comitiva de ciudadanos á caballo gritando: libertad! y venganza!. Inflamado el espíritu de los toledanos por este medio, determinaron sostener una vigorosa resistencia contra el emperador, aunque abandonasen su causa el resto de las ciudades de España.

—A consecuencia de esto, Toledo fué estrecha-

mente sitiada y sus habitantes sufrieron las mas terribles privaciones. El perdón ofrecido por Carlos, unido á las calamidades padecidas, indujeron á muchos á reclamar la rendición de la ciudad. Pero otro nuevo y mas desgraciado accidente se complicó para hacer mas difícil la situación de la viuda. Habiendo muerto el obispo flamenco de Toledo, recayó el nombramiento para reemplazarle en un castellano, por lo cual, el clero que hasta entonces habia permanecido fiel á la causa, varió de parecer con este motivo, en tanto que el populacho clamaba incessantemente por la inmediata rendición de la plaza.

En esta alternativa, la heroica viuda de Padilla y los comuneros que no quisieron abandonarla, se retiraron á la ciudadela, cuya defensa resolvieron mantener á todo trance. Nada podia intimidar á la heroína. Por todas partes oía los gritos de los descontentos, y veía al pueblo pronto á someterse al emperador; no obstante ella persistía en la resistencia despreciando el perdón ofrecido desde el primer momento.

Sostuvo, pues, un vigoroso sitio en la ciudadela y cuando notó que aun sus más fieles partidarios se sentían poseídos del disgusto de no poder vencer el peligro que les amenazaba, dominada por una especie de frenesí trató de persuadirlos á que persistiesen en su desesperada empresa.

Una noche, acaso el mas fiel de sus secuaces, se presentó á ella en la mayor agitación.

Y bien, Mendoza, le dijo la viuda conmovida: vienes tambien á anunciarme tu resolución de someterte al déspota, ultrajando de esa suerte la memoria de tu infeliz amigo?

Señora, repuso Mendoza, bien conocéis cuales son mis sentimientos para que yo deba manifestarlos. Si mi vida pudiera contribuir en lo mas mínimo al bien de nuestra causa, podéis creer que Mendoza no vacilaría un instante en sacrificarse en tan gloriosa empresa. Pero ya no me queda un resto de esperanza y á menos que no se rinda la ciudadela, será tomada por fuerza ó lo que es mas probable, vendida por sus mismos defensores. Juzgan perdida nuestra causa y están resueltos...

—A ser esclavos, interrumpió la viuda con amarga sonrisa, bien; cúmplanseles sus deseos. Yo, al menos jamás seré responsable de un don hecho al opresor de mi patria y al verdugo de mi marido.

—¿Y qué partido pensáis abrazar?

—La muerte sería, ahora, para mí el recurso mas agradable, pero no quiero morir.... porque necesito sujetar mi razón á mi deber. Mi hijo reclama mis cuidados. Huiré á Portugal, donde le enseñaré á odiar la tiranía, y tal vez llegue el día... pero no es esta ocasión para entregarse á esperanzas ilusorias, Mendoza. Despues continuó con mas serenidad. Tú fuiste el fiel amigo de Padilla ¿querrás acompañarme á las fronteras de

Portugal, ó está decretado que todos me han de abandonar?

—Antes la muerte mil veces que abrigar semejante pensamiento, contestó Mendoza con calor. Yo iba á proponeros, lo mismo, y con esa intención, he podido proveerme de algunos disfraces que llenarán nuestro objeto.

Inmediatamente trajo dos trages de labradores, y otro para el niño, bajo cuya apariencia, la heroica viuda de Padilla, su hijo, y su noble compañero, lograron llegar á Portugal en salvo, no sin haber tenido que arrostrar en el camino innumerables peligros. Proclamóse en seguida el perdón general para todos los comuneros y concluyó la guerra; no obstante la viuda jamás quiso aceptar la amnistía ni pensar un solo momento en volver á su patria, y murió desterrada en los dominios portugueses.

MAQUINAS ANTIGUAS DE GUERRA.

Desde la invención de la pólvora se sienta como axioma aquello de *plaza sitiada, plaza tomada*, y aunque nosotros no abriguemos en toda su extensión esta creencia, sin embargo, estamos persuadidos de que ha declinado mucho la importancia de las plazas fuertes desde la época de tan benéfica invención; y decimos benéfica, porque sabido es de todos cuanto mas sangrientas eran las guerras antes del uso de la pólvora, cuando se combatía cuerpo á cuerpo y brazo á brazo.

Para dar una idea de los medios empleados en el ataque y defensa de las plazas, sometemos á la inspección de nuestros lectores los dos grabados que siguen y que representan el primero, una torre móvil colocada sobre cuatro ruedas, con cuyo auxilio los sitiadores molestaban á los sitiados porque estaban á la misma altura; pu-

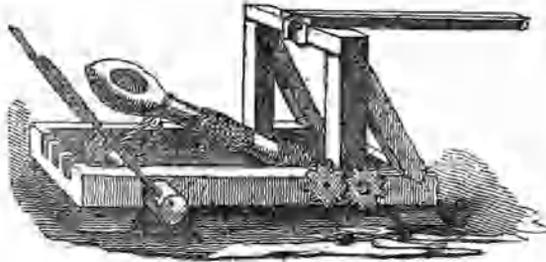


Torre móvil.

diendo llamarse con propiedad á esta máquina, castillo artificial, y que se empleaba tambien para los asaltos sin necesidad de abrir brecha, pues iba provista de un puente que servia, arrojado sobre las almenas del castillo, para pasar los conquistadores á la torre ó fortaleza sitiada.

El segundo representa la máquina llamada ca-

tapulta, que servia para lanzar de un golpe muchas saetas y piedras de enorme peso. Ambas máquinas las hemos visto fielmente reproducidas en nuestro teatro, en el drama titulado *don Enrique de Trastámara* ó los *Mineros*, con motivo del asalto que se dá á una plaza, al terminar el último acto de esta interesante producción.



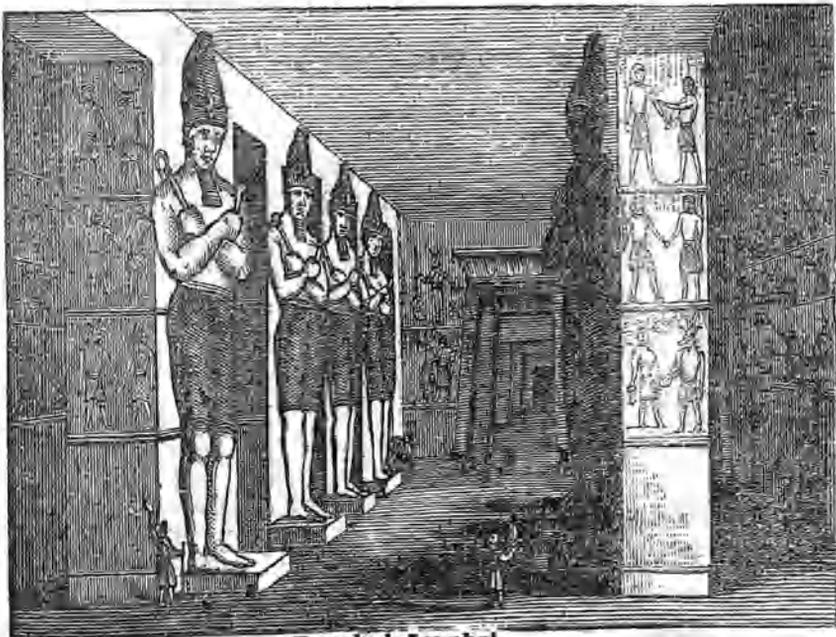
Catapulta.

INTERIOR DEL TEMPLO DE ISAMBUL EN NUBIA.

Subiendo por el Nilo arriba, se descubre en la orilla izquierda entre la primera y segunda catarata una montaña llamada Isambul, en cuyas entrañas hay edificados templos de grande estension, adornados con pinturas y esculturas que los colocan en el número de las mas curiosas obras de la Nubia.

Uno de los mas célebres viajeros que han recorrido el Egipto, consiguió con mucho trabajo penetrar en este de que tratamos ahora, y á cuyas investigaciones se deben las noticias que aquí ligeramente apuntamos.

El gran templo de Isambul está casi enterrado en el suelo, y para bajar á él es menester no solamente abundar á mas de treinta pies la arena que los siglos han amontonado sobre este monumento, sino que es menester adivinar tambien á que lado se halla la puerta que le dá entrada. Todo el edificio está labrado en una inmensa roca; su fachada tiene ciento diez y siete pies, y su



Templo de Isambul.

elevación es de cerca de ciento. La enorme masa de arenas que obstruyó la entrada del templo, ha contribuido poderosamente al maravilloso estado de conservación del interior del templo; pues que ha impedido penetrar la humedad y el aire. Al entrar en su recinto, lo primero que resalta a la vista es un gran número de estatuas de 22 pies de elevación, apoyadas en pilares que sustentan la bóveda; estas esculturas están representadas con los brazos cruzados sobre el pecho y con el trillo y el cayado en cada una, y cubierta la cabeza con un enorme gorro. Están casi desnudas y sin mas ropaje que un calzon que baja desde el talle hasta las rodillas. Estas figuras bañadas de estuco están pintadas de colores ricos y variados; tienen la nariz ligeramente encorbada, y el labio inferior un poco ahultado. El uno de los cuadros pintados en uno de sus muros, representa a un héroe en su carro de guerra, está en actitud de lanzar una flecha; sobre su cabeza cubierta con un casco, bate sus alas un genio. El guerrero está adornado con brazaletes en sus brazos y un collar en la garganta.

Cuando el escritor de quien tomamos estos apuntes penetró en el interior del monumento, era tan insuportable el calor, que la traspiración de sus manos y de las de sus acompañantes, humedecían tanto el papel que solo á fuerza de trabajo pudieron trazar algunos ligeros dibujos.

Muchos escritores han asegurado que el monumento de Isambul era la tumba de un rey; algunos han llegado á asegurar que era la de Sesostres; pero el viajero á que nos referimos no ha visto en él sepultura alguna.

TONEL MONSTRUOSO.

Existe en Alemania una villa llamada Heidelberg, y á sus inmediaciones las ruinas de un castillo, del mismo nombre, y cuya antigüedad data de antes de la época conocida con el nombre de edad media. Cada día que pasa se refiere algún nuevo desplomamiento, de este soberbio castillo, sin que un hábil dibujante que con un celo digno del mayor elogio, se ha constituido en conserje y conservador de este bello monumento, consiga jamás que el gobierno atienda sus reclamaciones; pero en su lugar si bien las pinturas, las colosales estatuas, las esfinges y las columnatas grácias y ligeras, padecen detrimentos que acabarán por desaparecer de la contemplación del arqueólogo ó del curioso viajero, consérvase aun intacto en este castillo, un inmenso tonel cuyo grabado damos y que puede contener 328 barricas de caldo. En los días prósperos del castillo refieren que este tonel estaba siempre lleno del mas exquisito vino del Rhin.

Sin embargo este inmenso tonel, por colosales que nos parezcan sus dimensiones, no puede sostener la comparación, con los que hoy existen en Londres en la cervecería de Barelly, Perlins y compañía. Un sabio escritor dice hablando de los de este establecimiento: «Hallándome un dia visitando esta cervecería, me condujeron á un gran salon en que habia 99 toneles, algunos de capacidad de mas de 300 á 600,000 botellas, y entonces me acordé involuntariamente del tonel de Heidelberg que habia visto algunos años antes.



TONEL DE HEIDELBERG.